

¿PARA QUÉ SIRVE EL ARTE?

En su libro *Antropología filosófica*, Ernst Cassirer define al hombre como “animal simbólico”, siendo el símbolo la clave de la naturaleza humana. A diferencia del resto de los seres vivos el hombre se vincula con el mundo a través de una trama simbólica: ...“el lenguaje, el mito, el arte y la religión constituyen partes de este universo, forman los diversos hilos que tejen la red simbólica, la urdimbre complicada de la experiencia humana”. Por lo tanto, la razón es un término insuficiente para abarcar las formas de la vida cultural humana en toda su dimensión “Entonces, la definición de hombre como animal racional es reemplazada por la de animal simbólico. De este modo podemos designar su diferencia específica y podemos comprender el nuevo camino abierto al hombre: el camino de la civilización.” A partir de esta definición podemos preguntarnos-¿para qué sirve el arte? Dentro de esta “urdimbre simbólica”, el arte ocupa un lugar importante en el devenir de la humanidad. Desde el hombre prehistórico que dejó sus diseños en los muros de las cavernas hasta la actualidad con las producciones de los artistas del siglo XXI el arte nunca dejó de pugnar por su existencia. Los móviles y desafíos fueron y seguirán cambiando a través del tiempo. Pero el arte no evoluciona, se despliega. El arte verdadero supera el tiempo y el espacio y prevalece. Es también función del arte, volver una y otra vez a reconectar al hombre con la naturaleza de manera directa. Y es así que se produce el diálogo naturaleza, hombre, obra de arte. Es el artista el que vuelve a mirar el mundo sensiblemente, resignificando códigos anteriores. Picasso dijo alguna vez que su trabajo era recuperar la libertad de un niño, despojarse de normas adquiridas en su etapa de aprendizaje. Es así que él estudia a sus antecesores, los desmenuza y los recrea. “Mira” la pintura de Cezanne y puede dar un paso más. Cezanne, en su pintura, reduce los elementos de la naturaleza a las formas geométricas ideales: cubo, esfera, cilindro, cono. Cuando Picasso y Braque trabajan siguiendo el camino abierto por Cezanne en la “aventura cubista” agregan un elemento que antes no existía en la pintura: el tiempo, el ojo en movimiento. Recorrer un objeto, observarlo desde distintos puntos de vista y luego recomponer con las partes un nuevo objeto. Ya no será la representación, la imitación de eso que tengo enfrente como modelo, sino la creación, y la presentación de algo nuevo a partir del estímulo visual. El “concepto”,

lo que sé de las cosas sumado a lo que veo de esas mismas cosas en un espacio de dos dimensiones, largo y ancho del bastidor. Esto mismo hace un niño cuando dibuja libremente, por ejemplo: una mesa. No la dibuja como lo hacía un renacentista, en perspectiva. El niño nos da otra respuesta. La mesa es una superficie. Un plano que puede ser un rectángulo, con cuatro líneas iguales en cada extremo o patas dibujadas como en “planta”. El niño no se preocupa por la apariencia, él está representando un concepto, según su percepción y sus experiencias espaciales. A medida que va creciendo, puede suceder que pretenda dibujar esa mesa como se ve y tendrá que recurrir a un artificio: dibujarla como no es para que parezca como es. El plano de apoyo de una mesa nunca es un trapecio ni sus patas son dos mas largas que las otras, comienza el camino hacia el “paradójico realismo”. Cuando un artista moderno como Matisse nos presenta un gran lienzo de 1.80m X 2.20m “Taller Rojo” (1911) donde todo el espacio interior de un taller desde el techo hasta el piso esta pintado de rojo, toda la imagen en un sólo color. Matisse especula sobre nuestros hábitos visuales poniéndonos ante un conflicto. El tema del cuadro es el espacio mismo, los objetos pasan a un segundo plano y son los encargados de reforzar la idea del espacio, los cuadros contra la pared representan la verticalidad, la mesa, el piso, el plano horizontal. Pero lo que sobresale no son los objetos sino el fondo, el vacío, el espacio, representado a través del color. Matisse nos enfrenta directamente con el color. Con estos ejemplos podemos estar respondiendo la pregunta- para qué sirve el arte-. Es el encargado de devolvernos la mirada, la posibilidad de ver directamente las cosas. De recuperar el tiempo, para detenernos a sentir, a experimentar, a procesar estímulos, táctiles, sonoros, informativos, visuales... Vivimos sobresaturados de estímulos. Realizar un práctica artística, sea haciendo o contemplando, es la posibilidad de procesar nuestros propios contenidos, y de ver reflejados los símbolos de una poética espiritual como testimonio de nuestra humanidad. Es conferirle otra dimensión a la existencia.

Graciela Palmadessa

Buenos Aires, 2009